



Este Japón increíble...

CARTA A LOS
HERMANOS

NOVIEMBRE 2017

Así se titula el libro¹ escrito por nuestro ex - alumno Pedro Arrupe SJ, que fuera Superior General de la Compañía de Jesús. En ese libro, el P. Arrupe expresa sus experiencias misioneras en el Japón y comparte sus reflexiones sobre la misión. He querido titular así esta carta fraterna porque, sin duda, Japón sigue siendo increíble. Y la realidad de nuestra Orden también. Quiero compartir con el conjunto de las Escuelas Pías algunas de mis reflexiones sobre la vida y misión de nuestros hermanos escolapios de Japón.

Nuestra presencia en Japón fue fundada en el año 1950 por la entonces Provincia de Vasconia. Hace muy poco tiempo que falleció uno de los dos fundadores, el P. Pedro Luis Perea, que junto con el P. Feliciano Pérez Altuna fueron los primeros escolapios en llevar el sueño de Calasanz al continente asiático. Hoy día, el grupo escolapio de Japón es muy diverso: cuatro religiosos españoles (que llevan en Japón toda su vida), cinco filipinos, un polaco, un vietnamita y un indio. Japón forma parte hoy de la Viceprovincia de Japón y Filipinas. Uno de nuestros primeros misioneros en Japón sigue en Asia (el P. Jesús Lacarra está en Manila), algunos volvieron a España por enfermedad (por ejemplo, el P. Eugenio Monreal). Algunos escolapios más han estado unos años en Japón, y ahora están en otras demarcaciones. Todos los demás misioneros que la Orden ha tenido en Japón han entregado ya la vida en manos de Dios. A todos ellos, nuestro agradecimiento por su ejemplo y por su entrega.

Nuestra misión en Japón es muy valorada por la Iglesia japonesa, tan necesitada de presencia de religiosos y sacerdotes. Las Obras que dependen de nosotros son un colegio (Kaisei) y una parroquia en Yokkaichi (diócesis de Kyoto), una parroquia en

.....
1.- ARRUPE, Pedro. "Este Japón increíble". Memorias del P. Arrupe. Ed. Mensajero. Bilbao, 2013, 6ª edición.

Yokohama y una capilla con culto público en Tokyo. Además, colaboramos como capellanes en un Colegio internacional en Tokyo, llevamos una segunda parroquia en Yokohama, y colaboramos en numerosas parroquias de la diócesis de Kyoto. Como no podía ser de otra forma, servimos también como capellanes en las comunidades cercanas de nuestras hermanas escolapias.

Pero no quisiera que esta carta fuera simplemente una descripción de lo que hacemos, sino un compartir con todos vosotros lo experimentado en mi última visita al Japón. Como os he dicho alguna vez, la Congregación General tomó la decisión de que en este Año Jubilar Calasancio, el P. General visitara aquellas realidades de la Orden que son más pequeñas porque están comenzando su andadura. Por eso, este año os he escrito sobre Viet Nam, sobre Congo o sobre Indonesia. Pues bien, también tomamos la decisión de que el P. General visitara Japón. Estuve allí, acompañado por el asistente general, el pasado mes de mayo.

Fue una visita diferente de las habituales. No visité las obras, sino exclusivamente a las personas y comunidades. El tiempo lo dedicamos a hablar con los religiosos, a orar con ellos, a conocer y compartir lo que hacen y viven, a pensar con ellos sobre la historia de nuestra Misión en Japón, sobre su realidad y sobre su futuro, y también a celebrar con ellos el cumpleaños de dos de los que más tiempo llevan en Japón: el P. Lorenzo Errandonea y el H. Jesús Cegama. Comparto con vosotros algunas sencillas reflexiones que a lo largo de la visita fui haciendo con el P. József Urbán y con el P. Miguel Artola, y que forman parte de mi oración y meditación de estas semanas.

En nuestra Orden hay una experiencia muy profunda, que nos ha marcado decisivamente, y que nunca ha dejado de formar parte de nuestra realidad, aunque hoy conviva con otros modos de funcionar: *los escolapios fueron a Japón para no volver*. Sabían que su envío misionero era para siempre. Dejaron su casa y su provincia sabiendo que no volverían. Salieron sin saber a dónde iban, qué es lo que iba a ser de ellos, qué frutos daría su misión. Salieron absolutamente abiertos a la voluntad de Dios, confiando simplemente en Él.

Después de haber hablado con muchos de nuestros ancianos, puedo decir que todavía me sigue conmoviendo esta profunda experiencia de fe, yo diría abrahámi-

ca, de salir hacia “*la tierra que yo te mostraré*”, de la que los escolapios de Japón son, quizá, uno de los ejemplos más extraordinarios.

Pero me gustaría decir que en los “nuevos misioneros que tenemos en Japón”, los escolapios más jóvenes de nuestra Misión, veo la misma experiencia y la misma convicción: *quieren seguir en Japón*. Se sienten enviados por la Orden para llevar adelante la misión escolapia en el país, y están profundamente comprometidos con ella.

Disfruto cuando les veo y les escucho. ¿Sabéis por qué? Porque *se han hecho japoneses*. No sólo porque han aprendido el idioma, o asumido sus costumbres, sino porque aman al pueblo al que sirven. Hasta los gestos de los japoneses forman parte de la vida de nuestros hermanos. Puede parecer una pequeñez, pero yo creo que es algo muy grande. Nuestros hermanos viven, se expresan y se comunican como japoneses.

Los gestos vienen de lo profundo de la persona, y tienen significado, intención y forma. Y los tres aspectos son inseparables en cada gesto. Cuando uno aprende y asume los gestos de otra cultura, se está encarnando en otra realidad. Es como si nos encarnáramos en otro cuerpo. Es una *salida total*. Doy gracias a Dios por la “*misión en salida*” que viven nuestros hermanos en Japón. Estoy convencido de que esta es la única manera de preparar un vientre capaz de dar a luz un nuevo ser que pertenezca al mundo nuevo al que hemos ido, no al viejo que hemos dejado. Sé que esto acabará sucediendo en Japón, en el tiempo y del modo en el que Dios, el único Dueño de la Misión, lo disponga.

El Evangelio se encarna en cada cultura, para impregnarla de la Buena Noticia³. Cuando nuestros hermanos aprenden el idioma, asumen los gestos, se hacen japoneses, hacen algo muy profundo: nos enseñan que el Evangelio está presente en cada cultura, y que haciéndonos hermanos de nuestros hermanos recibimos de ellos un don maravilloso y les podemos ofrecer a ellos uno extraordinario: Jesucristo, que también es japonés.

.....
2.- Gen 12, 1

3.- PABLO VI. Exhortación apostólica “*Evangelii Nuntiandi*”, n° 20, del 8 de diciembre de 1975.

Nuestros hermanos tienen una honda convicción: *somos necesarios en Japón*. Sólo con ver los datos de la Iglesia en Japón podemos entenderla fácilmente. La Orden está en tres diócesis diferentes. La de Tokyo está formada por 84 sacerdotes, y en ella trabajan 120 religiosos extranjeros. En Yokohama están incardinados 41 sacerdotes, y en ella trabajan 42 religiosos extranjeros. Y en la diócesis de Kyoto hay 14 sacerdotes diocesanos y 23 religiosos extranjeros. Como dice alguno de los nuestros, además de en las de Dios, la causa del Evangelio está en muy pocas manos en Japón.

Yo quiero reafirmar esta convicción: la Orden debe seguir adelante con su compromiso misionero en Japón. Hacemos un gran trabajo en nuestras parroquias, en las que atendemos no sólo a los católicos japoneses, sino a números comunidades de otras nacionalidades (brasileños, filipinos, peruanos, etc.); ayudamos de modo muy significativo en las diócesis, atendiendo otras parroquias; acogemos en nuestra capilla de Tokyo a personas de más de diez países diferentes en la Eucaristía de cada domingo (con qué cariño celebraban con nosotros el cumpleaños del hermano Jesús en Tokyo), acompañamos la fe de numerosos jóvenes del colegio St Mary's International de Tokyo (¡ánimo, Danilo!) y continuamos llevando adelante nuestro colegio Kaisei de Yokkaichi, una obra bien interesante de conocer y de valorar.

La inmensa mayoría de los alumnos de nuestro colegio son sintoístas o budistas. Muy pocos son cristianos. Pero los escolapios lo llevamos adelante seguros de estar haciendo algo bueno por ellos y por el Evangelio. Me llamó la atención lo que el Nuncio en Japón nos dijo del colegio: *“sigan adelante, porque en este colegio ustedes trabajan para que los alumnos crezcan en su capacidad de servir a los necesitados y de hacer posible un Japón más fraterno y más humano. Y eso es valiosísimo”*. La Orden tiene colegios en los que los alumnos cristianos son minoría. Pero son colegios muy significativos, porque en ellos podemos y debemos hacer dos cosas muy importantes: *anunciar el Evangelio a quienes nunca lo han conocido y educar a los jóvenes en lo bueno que es construir fraternidad entre diferentes*. Nuestro mundo está muy necesitado de esto, sin duda, quizá hoy más que nunca.

En mi visita en Japón pude ver muchas cosas que marcan y expresan lo que somos y debemos ser. Son *pequeñas, pero son muy valiosas*. Espero que mis her-

manos no se enfaden conmigo porque yo las comparto en un escrito público. Cuando el P. Lorenzo, de 89 años, ayuda cada día al hermano Jesús a acostarse y levantarse, porque no puede solo, o cuando cada día se encuentran de madrugada en la capilla para orar, hay un mensaje muy profundo: *“no te dejo solo”*. Cuando Cao Tri o Danilo, cada día, durante toda la semana, cuidan de los ancianos de su casa, están diciendo: *“me alegro de que estés conmigo y tu ejemplo me sostiene”*. Cuando Adam viaja desde Yokohama a Yokkaichi para atender el colegio, compaginando sus tareas de párroco y de Titular del colegio, está diciendo *“apostamos por la Misión”*. Cuando Marino, o Víctor, o Edmond, se hacen presentes en otras parroquias diferentes de las nuestras, están diciendo *“estamos a vuestro servicio”*. Cuando Toni lleva adelante los trámites para adquirir la nacionalidad japonesa está diciendo *“me hago uno de vosotros”*; cuando Andrés atiende cada día a tantos extranjeros que buscan un sacerdote acogedor que les escuche, está diciendo *“el Evangelio es servir”*; cuando José Luis, cada viernes va al colegio –ya jubilado– para ayudar en la significatividad de la presencia escolapia, está diciendo *“podéis contar con nosotros”*.

Yo sé bien que esto que digo de mis hermanos de Japón lo puedo y lo debo decir de tantos escolapios. Pero quizá la realidad tan especial de nuestra Misión en Japón me hace contemplar cada detalle con mayor atención. Estoy agradecido por ello.

Consulté a cada uno de mis hermanos de Japón sobre una propuesta que estamos reflexionando en la Congregación General: *hacer una nueva fundación en Japón*. A todos les vi disponibles y favorables a esta decisión. Cuando se constituyó la demarcación de Japón y Filipinas, uno de los objetivos era tratar de mantener nuestras obras en Japón. Era –y es– un formidable objetivo. Sin esa decisión, la Orden habría tenido que abandonar Japón, no hay duda. Pero hoy, no sin dificultades –y con muchos aspectos que debemos mejorar– seguimos manteniendo nuestras obras y estamos sirviendo a la Iglesia en otras diferentes. Podemos decir que el objetivo de “mantener” está razonablemente cumplido, aunque debamos seguir cuidándolo.

Pienso que debemos abrir una nueva etapa, y *tratar de crecer en Japón*. Debemos buscar un nuevo lugar en el que servir como misioneros, abrir una nueva comunidad que, entre otras dimensiones, tenga la característica de la acogida vocacional, y dar así un paso

significativo de cara a que en Japón también avancemos en uno de los objetivos más claros de la Orden: la consolidación y la expansión de las Escuelas Pías. *Ya desde ahora os invito a este desafío, sueño y compromiso.* Si alguno de los escolapios que leéis esta carta sentís la llamada a colaborar con este objetivo misionero, ¡ánimo!

Asia es un continente extraordinario, todavía muy desconocido para nuestra Orden. Poco a poco vamos “*haciéndonos asiáticos*”. Filipinas e India son dos realidades ya bastante desarrolladas e Indonesia y Viet Nam son dos promesas de vida y misión. China es un proyecto en el que continuamos trabajando y que más pronto que tarde será una realidad entre nosotros. Y Japón, ese Japón increíble, nos sigue llamando a la Misión. Es probable que Japón, a nivel evangelizador, sea una realidad única en Asia. La Iglesia –y también la Orden- debe seguir reflexionando cómo llegar al corazón del alma japonesa. Quizá, con el tiempo, Japón nos ayude a descubrir nuevas maneras de anunciar el Evangelio. Siento que nuestra Orden debe sentirse llamada a esta tarea.

Recientemente, la Orden ha constituido un equipo para el impulso de la Pastoral Vocacional en Asia, para tratar de llegar a nuevos países en los que todavía no estamos presentes. Roberto, Crisanto, Allan y Danilo han asumido la tarea con alegría y, si Dios quiere, antes de que termine nuestro Año Jubilar podremos ofrecer a la Orden un nuevo proyecto de Pastoral Vocacional Escolapia para Asia. Me gustaría dedicar los frutos de este trabajo a los escolapios que han dado la vida –y la siguen dando- por la Misión en Japón. Con cariño y agradecimiento, os comparto algo de lo que estoy absolutamente convencido: Dios bendice la fe, la generosidad, el coraje apostólico y la entrega misionera. A su modo y a su ritmo, según su voluntad. ¡GRACIAS!

Recibid un abrazo fraterno.

*Pedro Aguado Sch.P.
Padre General*